



ARTE DE AYUDAR Á LA MEMORIA (1).

VIII.

Hemos expuesto ya las ventajas que lleva al procedimiento de las *palabras fijas*, el de las *localidades*, y esto que entónces enunciamos sin razonarlo, es bien obvio que así suceda, pues para las primeras es preciso adoptar signos aritméticos, que representan dichas palabras, sin otra relacion, y por medio de cálculos combinando decenas y unidades, miéntras que en las segundas se ahorra este trabajo intelectual, porque basta fijarse un momento en el sitio que ocupa un número determinado para saber en seguida el objeto que representa.

Pero hay más, las *palabras fijas* son convenciones de la inteligencia y las *localidades* tienen su modo de

ser propio, trayendo á la memoria hechos reales por medio de agrupaciones ordenadas. Sin embargo, ya hemos tambien manifestado que como bases de este sistema son de gran utilidad unas y otras; aquéllas, cuando sólo se trata de cien números; éstas, en los demás casos. Ambos procedimientos tienen su esfera propia y adecuada.

Réstanos ocuparnos del último método auxiliar de la memoria, que son las *palabras análogas*, ó más propiamente dicho la *analogía fónica*. Tiene su aplicacion inmediata á hechos aislados, que no sean de primer orden, ni susceptibles de especializacion por sí mismos, en cuyo caso es incuestionable la superioridad de estas convenciones por su extrema sencillez, pues no olvidemos nunca que el objeto de este arte ingenioso es vencer y no crear dificultades.

(1) Véase el núm. 6.º, tomo XII.

Si no se presentáran otras que traducir números á palabras y viceversa, con los dos procedimientos anteriores estaria completo el arte; pero hay circunstancias en que no es lo ménos enojoso tropezar con voces técnicas, con nombres propios, algunos de ellos extranjeros, completamente refractarios á la memoria natural: pues bien, si la experiencia nos acredita todos los dias el valor de los recursos de que nos servimos para retenerlos en la imaginacion, lo que muchas veces hacemos de un modo empírico ó arbitrario, ¿por qué no hemos de sistematizarlo á reglas fijas y determinadas?

Es indudable que en nuestro mismo idioma y en algunos dialectos hay nombres ó apellidos tan raros, sobre todo vascongados, que en vano pensamos largo rato cuando queremos articularlos, y basta á veces que acertemos con su consonante inicial, ó que otro nos indique algunas palabras en que hallemos consonancias similares con aquél, para que su sonido nos le recuerde en el acto. De aquí el sustituir voces comunes á las que no lo sean, ó procurar enlace entre ideas inconexas, que siempre ha sido propio de talentos ingeniosos el empleo de estos medios vulgares. No há mucho tiempo vimos en un periódico una prueba de esta asercion, y á cualquiera que se le dijese que habia semejanza entre un cobarde y

una fuente, entre un paraguas y una pluma, entre un escrito y una media, etcétera, se reiria, pues hé aquí las que encontraba el autor de aquel suelto:

¿En qué se parece un cobarde á una fuente?

— En que corre.

¿En qué un paraguas á una pluma?

— En que se moja.

¿En qué un escrito á una media?

— En que tiene puntos.

¿En qué un cesante á una prima donna?

— En que trina.

¿En qué un calesero á un pájaro?

— En que pica.

¿En qué un carnicero á la camisa?

— En que está junto á la carne.

Además de estas analogías, que pueden multiplicarse cuanto se quiera, contrayéndonos á nombres propios, ó á una sola frase, la voz *pintar*, podemos sólo con ella sustituir muchos nombres; citarémos por la brevedad sólo tres que tienen la misma consonante inicial y calcúlese el número de las que puede disponerse que empiecen con cada una de las demas del alfabeto; debiendo procurar cuando se pueda que dicha letra inicial de la voz análoga sea siempre la misma de la palabra que se traduce, y que haya consonancia, ó por lo ménos asonancia en su terminacion, como sucede en los ejemplos que siguen tomados de la P.

Nombres. . . .	Pentateuco. . . .	Pitágoras. . . .	Pindaro
Equivalentes. . . .	Pinta turco. . . .	Pinta gorras. . . .	Pinta el aro.

Cuando sea necesario convertir en guarismos algunos nombres, es preferible hacerlo con las voces análogas que con los propios, tal como:

- Homero por Hornero.
- Platon » Plato.
- Virgilio » Vigilo.
- Ovidio » Envidio
- Ticiano » Tisana.

Esto mismo es aplicable á diversos descubrimientos antiguos y modernos cuando queremos retener el año ó el nombre del autor del invento: citarémos algunos, omitiendo las oraciones de texto variable y consignando en unos la fecha y en otros traduciendo ésta á la voz *data*, como sucede con los siguientes:

Invencion del telégrafo por Cárlos Chappe en.	1424.
El empleo de las Bombas de Messieres en..	1521.
Descubrimiento de la circulacion de la sangre por Servet en.. . . .	1553.
La máquina mneumática por Othon de Guerrick en.	1653.
El reloj de la Catedral de Strasburgo obra de Habrecht en.. . . .	1750.
Globos aerostáticos por Montgolfier en.	1783.
Caminos de Hierro en Inglaterra en	1790.

La Homeopatía por Hahnemann en	1799.
El alumbrado de gas en Lóndres en	1810.
Los puentes colgantes en Escocia por Brown en.	1819.

Como hemos ya demostrado por medio de muchos ejemplos el modo de formar las oraciones de *texto variable*, consideramos ocioso presentar las diez que se necesitan para mnemonizar los inventos que anteceden, y que cada uno puede discurrir á su capricho á fin de grabarlas en la memoria. Limitándonos únicamente al primero, que es la invencion del telégrafo, el nombre *Chappe* le convertiremos en el sustantivo análogo *chapa*, y el 1424, año de su invencion, que se compone de las articulaciones *te-re-ñe-re* equivalentes, añadiendo sus vocales propias á *te reñiría*, nos dan con espontánea facilidad la oracion que sigue; esto es, suponiendo que á un principiante en la telegrafía se le rompiese un aparato, podríamos decirle: «Si le unieses con una *chapa* el Profesor *te reñiría.*»

Lo mismo pueden construirse las demás oraciones en esta forma ú otra semejante:

NOMBRE DEL INVENTOR.	VOZ ANÁLOGA.	AÑOS.	VOZ DATA.
Messieres.	Mes eres..	1521	De lino tuyo.
Servet..	Servid.	1553	Tu ley la mia.
Othon de Guerrick.	El tonto de la garrucha.	1653	Deja, y llama
Habrecht..	Abre, chico.	1750	Tú, que lees?
Montgolfier.	Mango fiel.	1783	Toque, vamos.
Inglaterra.	Ingle entierra.	1790	Di, que pasa.
Hahnemann.	Han de amar.	1799	Duque, Pepe.
Alumbrado de gas, Lóndres.	Gas y liendres.	1810	Defectuoso.
Puente de Brown, Escocia. .	Bruno, es cosa.	1819	Te fué topo.

Después de haber analizado con toda minuciosidad cada uno de los tres procedimientos que constituyen la Mnemotecnia ó arte de ayudar á la memoria, en los capítulos que siguen, sintetizando estas reglas apli-

cadas ya á casos particulares y concretos, emplearemos simultáneamente las *palabras numéricas*, las *localidades* y la *analogía fónica* como epílogo y complemento de estos estudios.

M. J. PASCUAL.



FRAGMENTOS MORALES.

(Conclusion.)

XCII.

¡ Señor! Nadie tu rostro ha contemplado :
Elévase tu trono en las alturas
Y tu poder pregona diariamente
La alborada que en luz al orbe inunda.

Tu gloria manifiesta el claro día,
El astro que preside en noche oscura,
Y por eso el mortal que te venera
Consuelo y paz en tu morada busca.

La inmensidad no puede contenerte,
Ni definirte puede lengua alguna :
Fuiste, sin que hasta Tí nada existiese,
Y sólo es grande el hombre á quien escudas.

Todos ignoran cómo Tú gobiernas ;
Las tinieblas envuelven tu figura ;
El corazón te busca y te comprende ;
El alma por hallarte se apresura,
Y de la vida en la sombría senda
De la fe con la antorcha nos alumbras.

XCIII.

Con el hombre y la conciencia
Ocurre una cosa extraña :
¿ Calla la conciencia? Él grita.
¿ Grita la conciencia? Él calla.

XCIV.

Cuanto con más se reparta,
Tanto es mayor la alegría,
Y las penas disminuyen
Si otros de ellas participan.

Pesadumbres y contentos
No han de ser, pues, egoistas :
Para algo están en el mundo
La amistad y la familia.

XCV.

Idea equivocada
Se tiene del valor generalmente,
Y en no temiendo nada
Juzga ser un valiente
El procaz, el vicioso, el insolente.

El valor verdadero
No estriba en realizar grandes acciones,
Sino en lugar austero
Salir triunfrante en todas ocasiones
Del rudo batallar de las pasiones.

XCVI.

Los vestidos de los hombres
Se asemejan á las leyes ;

Ambos molestan un poco —
Pero abrigan y defienden.

XCVII.

Obrar bien en el mundo nos importa,
Porque siempre, á la larga ó á la corta,
Obtiene la virtud su recompensa,
Castigo el mal y la bondad defensa.

XCVIII.

No eres un sér aislado en este mundo,
Otros muchos en él te cercarán:
Por eso es necesario, niño mio,

Saber amar.

Cuando sufra un hermano y sus lamentos
Busquen consuelo y lleguen hasta tí,
Nuevo deber conocerá tu pecho:

Saber sentir.

Y si ruda desgracia en tí se ceba,
Si la esperanza te abandona ya,
Piensa en Dios, y medita que es muy dulce

Saber rezar.

XCIX.

El hombre que viene al mundo
Contraída tiene una deuda

Con los demas: la de hacer
En la vida el bien que pueda.

Algunos la van saldando,
No pocos en pié la dejan:
Los buenos la pagan toda
Y los malvados la aumentan.

C.

Aquí término tienen los fragmentos
Que escribir me propuse y he logrado
Llamando á vuestros buenos sentimientos
Para que aborrezcais todo pecado,
Mis consejos seguid en vuestra vida
Y la simiente no será perdida.

Ahora, niños, adios: vivid en calma,
Desconfiad del mundo y sus placeres,
Las puras flores cultivad del alma
Y cumplid con afan vuestros deberes.

Y en vuestro lecho al esperar el sueño,
Despues de recitar las oraciones
Que os enseñára el maternal empeño
En la niñez radiante de ilusiones,
Entornando contentos la pupila
Pensad en vuestro sueño alegremente:
« Dios me ve; mi conciencia está tranquila,
Y ante mi madre, que mi bien vigila,
Puedo orgulloso levantar la frente. »

M. OSSORIO Y BERNARD.



LA PERSEVERANCIA.

Hé aquí, niños míos, la virtud á que mayores beneficios debe la humanidad; la virtud madre de todos los progresos y de todos los adelantos y hermana de los grandes caracteres. Todo lo que pierde el desaliento lo gana la perseverancia. Querer es poder: hé aquí su lema eterno, invariable y axiomático.

Á este propósito he leído, ignoro cuándo y en dónde, la narracion de un suceso, que me impresionó fuertemente y que creo conoceréis vosotros con gusto.

Cuéntase, pues, que Tamerlan, — el gran conquistador del Mogol, dueño de medio mundo, vencedor de Bayaceto, legislador atrevido y el primero que soñó en la conquista de la China, — invadió la India en 1397, y después de algunos triunfos fáciles sufrió un contratiempo de importancia. Sorprendido su ejército por otro indio más numeroso, se vió envuelto y despedazado, sin que las mayores hazañas y el desesperado brío de los persas lograra impedir la derrota. Tamerlan, que no pudo evitar la fuga y dispersion de sus soldados, se vió en la dura precision de imitarles, y su caballo, rápido como el viento, le alejó de aquellos lugares en que dominaban la muerte y el exterminio.

Extenuado de fatiga y cansancio, y acaso abrigando el remordimiento de

no haberse dejado matar en el combate, llegó á la caída de la tarde junto á unas antiguas ruinas, que rompian la monotonía del desierto, y allí, echando pié á tierra, dejó en libertad á su caballo y se tendió en el duro suelo en busca de algun descanso y perseguido por sus dolorosos recuerdos. Su ejército habia sido aniquilado, sus soldados más fieles y valerosos habian huido, y él mismo, él, que habia soñado con una importante conquista, debia á la fuga la conservacion de su existencia.

La desesperacion de Tamerlan no tenía límites, cuando vió de repente junto á su mano una laboriosa hormiga, que lenta y trabajosamente caminaba, conduciendo un grano, de doble tamaño que su cuerpo, en direccion á una pared, en que se veia la entrada de un hormiguero á unas cuantas pulgadas de elevacion sobre la tierra. Tamerlan siguió con la vista, distraido é indiferente, al animalito; vióle llegar al pié de la pared y emprender la subida casi vertical de la senda que conducia al hormiguero; pero el peso era harto considerable para las fuerzas de la hormiga, que cayó al suelo arrastrada por su misma presa.

La hormiga, sin desalentarse un punto, se volvió á apoderar del grano y probó á vencer de nuevo el obstáculo; pero el grano rodó nueva-

mente á tierra, y esta operacion llegó á repetirse *sesenta y nueve* veces sin que la hormiga flaquease nunca en su resolucion. Por último, al intentar por septuagésima vez la subida, llegó triunfalmente á la boca del hormiguero y desapareció entre la oscuridad del mismo, empujando al grano, que tales y tantos trabajos le habia ocasionado.

El conquistador, que no habia perdido de vista uno sólo de los esfuerzos de la hormiga, consideró su conducta como una leccion, y subiendo de nuevo en su caballo recorrió en todos sentidos aquella inhospitalaria llanura, á pesar de las dificultades que le creaba la oscuridad de la noche. Al amanecer encontró gran número de sus soldados fugitivos; poco más tarde se reunió al grueso de su ejército, y atacando de nuevo

á los indígenas obtuvo sobre ellos tan señalada victoria, que desde luego pudo juzgarse dueño de todo el país. Despues referia á sus capitanes que la hormiga le habia hecho avergonzarse de su desaliento, enseñándole, con su propio ejemplo, que la perseverancia llega á triunfar de todo género de obstáculos.

No lo olvideis, niños míos, y cuando escucheis hablar de algunos *locos* que pretenden descubrir la navegacion aérea, el movimiento continuo ú otro cualquiera de los grandes problemas que tantas víctimas han ocasionado entre los sacerdotes de la ciencia, en vez de sonreír desdeñosamente, recordad que la perseverancia vence las mayores dificultades y que una hormiga se lo demostró en absoluto nada ménos que al gran Tamerlan.

RETRATOS INFANTILES.

ROSITA.

(Continuacion.)

IX.

El can se ha irritado, como era natural en un sér de tan escaso juicio, bien que á mí me parece que el motivo de su irritacion es que le entró algo de tinta en la nariz, en la boca y en el ojo; el caso es que ha dado un salto y todo lo ha echado á rodar.

El pincel ha manchado el bonito traje de la distinguida artista, y el tintero ha rodado por el suelo, vertiendo toda la tinta que contenia. Precisamente estaba llenito.

Ha sido un incidente enojoso para todos. El perro se ha quedado con los bigotes á medio pintar, no lográndose así la excelente idea de Ro-

sita. La criada va á gruñir mucho al ver que tiene que fregar el suelo, trabajo difícil y penoso, á que no es muy aficionada que se diga la criada, á quien todo lo que sea trabajar le

parece sobremanera enfadoso, y Rosita tiene el vestido blanco inservible, porque una mancha de tinta en tela tan delicada sólo puede salir con el pedazo.



El perro, ofendido, se ha marchado más que de prisa, y no ha vuelto. Aunque no es rencoroso, no se le olvida el mal rato que acaba de pasar. Pero la señorita Rosa le contentará cuando quiera, con una caricia y un bizcocho.

X.

Rosita, como tiene tan buenas ideas, piensa que lo que urge ahora es remediar en lo posible los desperfectos causados. Ha ido y ha cogido una esponja y el cubo del lavabo de

su papá, y ha limpiado el suelo perfectamente para que la criada no tenga que gruñir; también ha querido limpiar el vestido, como si en la tela desaparecieran las manchas lo mismo

que en el mármol, y lo que ha conseguido es extender y hacer más visible la tinta. Tiene, pues, que renunciar á su deseo, y conformarse con que el vestido vaya á la lejía, aunque ya



he dicho que será punto ménos que imposible borrar la mancha.

¡Cómo ha de ser! Rosita no lo ha podido remediar. Toda la culpa ha sido del perro, que es en verdad muy poco sufrido.

¿Qué hará ahora la señorita Rosa?

Pero pronto encuentra ocasion de mostrar su prevision y exquisito cuidado. El papá de Rosita tiene un sombrero gris, muy bueno, que se lo trajeron de Inglaterra, y Rosita no ha hecho más que mirarlo sobre la silla donde estaba, y ver que tie-

ne una manchita pequeña, eso sí, pero que puede desaparecer muy fácilmente. Rosita sabe que las manchas deben quitarse en cuanto se ven.

¿Y qué hace? Va y coge la esponja con que limpió el suelo, y se pone á limpiar igualmente el sombrero de su papá; pero Rosita está hoy un poco desgraciada, porque, conforme va limpiando el sombrero, se va convir-

tiendo de gris en negro. Esto si que va á sorprender á su papá.

Si la mamá no estuviese en cama y privada, por consiguiente, de vigilar á su hija, no se hubiera empeñado en la empresa temeraria, aunque meritoria por la buena intencion, de limpiar un sombrero gris con la misma esponja con que acaba de limpiar la tinta en el suelo.

(Se continuará.)

HISTORIA.

¿Quién lo duda? Fórmese el paralelo entre un sabio historiador y el ignorante que ninguna noticia tenga de esta madre ciencia, y se verá con toda claridad cuán difícil se nos presenta la idea de no conceder á este aserto la fuerza de un axioma. Colocado el primero en una elevada cima, por decirlo así, por doquier vuelva la vista, mira con noble entusiasmo los pueblos que dejaron de existir; los héroes sobre cuyas cenizas cernieron años los siglos; examina cuidadoso las costumbres de los primeros habitantes de la tierra, ve presentes los preciosos monumentos en que la pesada mano del tiempo cayó con más vigor, y que la antigüedad deja ya tras sí; admira las acciones y empresas heroicas, y las relevantes virtudes, las ciencias sublimes, el valor, los vicios abominables, los grandes crímenes y las pasiones exaltadas, que distinguieron

á los célebres predecesores nuestros, sobre cuyas losas pasaron centenas y miles de años, y remontado sobre las nubes contempla de una ojeada el antiguo Egipto, la docta Grecia y la bélica Roma; coge con Rómulo laureles en los campos de Marte; detesta los atroces crímenes de Tarquino, la abominable crueldad de Neron, á la par que Séneca y Tito extasían su alma en la contemplacion de su sabiduría y virtudes. Compara lo marcial de las costumbres romanas con lo afeminado de las de Capua; recorre las magníficas ciudades de Tébas, Ménfis, Aténas, etc. Desciende á tiempos ménos remotos y se agolpan á su atenta vista más recientes sucesos: existe en Europa, se pasea por el Asia, recorre el Africa; pero cuando no puede pasar de allí, la Historia le presenta un mundo nuevo, y va con Colon á descubrir las dos Américas. Ve civiliza-

dos los pueblos que contemplaba salvajes en otro tiempo. Las artes, las ciencias, las costumbres se mejoran cada día á la vista del que observó las antiguas; avanza más y ve en la historia de su siglo dónde se eleva la industria, dónde ejerce la guerra sus furores, dónde aparece un monstruo y dónde fija su morada la ambición.

Fijémonos ahora en el hombre niño que ignora la Historia. Circunscrito en el círculo limitado de los objetos que tiene á su vista, ignora cuánto pasó ántes que él naciera; no conoce más personas que las que le rodean, ni otro país que aquel en que vive; es extranjero para el resto del Universo, y vegeta sumido en una crasa y completa ignorancia de los acaecimientos de fecha anterior al día primero en que vió la luz. Nace, crece, pasa la edad florida, envejece y muere, sin saber siquiera si han existido otros hombres que los de su siglo. Oye el nombre de algún pueblo ó héroe que celebró la antigüedad; se trata de costumbres remotas, de batallas, hechos, empresas ó acciones de aquellos tiempos, y enmudece su lengua, si no quiere acreditarse de necio; aunque el hombre aprende en la sociedad del hombre no le es posible comprender lo que no estudia. Podrá tener principios de lógica ó modo de vivir, entenderá las ciencias abstractas, conocerá las opiniones de los físicos, habrá pasado sinnúmeros años en su estudio; pero sin la Historia quedará siempre en la infancia, y á los

ochenta años permanecerá siendo un niño.

La Historia es hermana de la Geografía y de la Cronología, pues los sucesos que aquélla refiere no pasaron en un mismo paraje ni en un propio tiempo ó época; por esto debe considerarse bajo los tres aspectos, pues si juntamos los sucesos que vió Roma en sus años primeros y bajo el dominio de sus monarcas, con los acontecimientos de la época en que imperó Augusto, y éstos con los del siglo tercero de nuestra era y división de uno en dos imperios, confundiéndolos tal vez con los de Grecia ó Egipto, preciso es que resulte una monstruosa confusión, ó mejor, un laberinto del que no podría quizás salir el más perspicaz escudriñador.

Es la Historia una narración de los sucesos dignos de posterior memoria; un lienzo que, desarrollado, presenta á nuestra vista las revoluciones políticas que ha sufrido el mundo desde su creación. Es el espejo de los siglos su cristal claro, al través del cual miramos todos los acontecimientos pasados, como si realmente acaeciesen en el período de nuestra corta existencia. Es un fiel testigo de la verdad pura, porque la Historia no admite ilusiones ni falsedades; ensancha el círculo que la naturaleza designó á la vida del hombre; le conduce, cual guía veloz, á la par que fiel, de país en país, de reino en reino; alza el velo ocultador de célebres acontecimientos; le enseña las leyes, costumbres,

religiones y gobiernos de todos los pueblos, y le restituye luégo al lugar donde nació, por medio de numerosos siglos, cargado con los despojos de todos los imperios y los tributos que todas las naciones acuden á satisfacer á su talento observador.

Considerada la Historia bajo un punto de vista moral, es aquella filosofía viva que, apartando á un lado las formalidades de las reglas, suple el lugar de la experiencia y nos manda conducirnos con propiedad y honor, para que su exámen imparcial nos presente como ejemplo á los demas.

La Historia es la que nos pinta cómo puede un hombre portarse con dignidad si la fortuna le sonrie y le recomienda para empleos de poder y valimiento, así como ofrece el cuadro más verídico de la inestabilidad de las cosas humanas, preparándonos de esta manera para aquellas revoluciones que pueden acaecer en el discurso de la vida. Es la que nos muestra ejemplos de dignos hombres que, ocupando los principales

cargos del Estado, se hicieron al propio tiempo ilustres en la vida privada; y de otros que, precipitados desde la cima de la opulencia, se hicieron respetables en su misma baja condicion. Con la experiencia de sus modelos nos ilustra, vemos las pasiones de los hombres, sus intereses encontrados y todos los artificios con que mutuamente se engañan; aprendemos á guardarnos del delirioso, pero vil zumbido de la lisonja, á huir del contagio del vicio y á evitar todo roce con los disolutos y relajados, para asociarnos con los buenos y los sabios.

Como serian precisos gruesos volúmenes para hacer cumplido elogio de la Historia, renunciemos á seguir este artículo, en el que nos hemos propuesto únicamente hacer palpable su utilidad y persuadir á los jóvenes de que si logran utilizar los conocimientos que puede prestarles, llegarán á ser sabios y justamente apreciados entre las diferentes clases de la sociedad.

J. F. DE AYLLON.



LOS TRES LEGADOS.

(Continuacion.)

—¿De dónde ha venido este Príncipe improvisado? ¿Á que familia ilustre pertenece? ¿Cuál es su apellido? Nadie lo sabe: probablemente sus antepasados guardarían puercos. ¿Y sus grandes riquezas, de dónde vienen? Nadie ha oído jamás hablar de sus estados ni de los territorios de donde puedan venirle sus rentas. ¿Qué administradores ni mayordomos vienen á rendirle cuentas de sus haciendas? Nadie los ha visto ni sabe una palabra de esto. ¿De dónde, pues, saca tanto dinero como malgasta?

Á fuerza de pensar y meditar sobre ello, sus mayores enemigos, los que no habían tenido ocasión de disfrutar de sus larguezas, llegaron á suponer que las grandes riquezas de Octavio provenían de algún mágico hechicero con quien había celebrado un pacto innoble, y esperaban verlas disiparse como el humo de la noche á la mañana. De una mera suposición pronto pasó esta versión á la categoría de las cosas averiguadas, y este descubrimiento corrió y se propagó por todas partes con rapidez pasmosa. Otros, menos dispuestos á creer en las cosas maravillosas, dijeron que Octavio era sin duda hijo de un gran capitán de ladrones, que, dedicado toda su vida á los robos y las rapiñas había amontonado en una

gruta inmensas riquezas, y que á la muerte del padre, el hijo, dueño de todas ellas, había venido á darse el tono de un verdadero príncipe.

Creciendo entre las sombras estos rumores, todo lo llenaron con su infecto aliento y llegaron, por último, á los oídos del Rey, que desde su palacio miraba con cierto envidioso desasosiego la fastuosa prodigalidad de aquel desconocido, cuyos inmensos tesoros parecían inagotables y cuyos gastos eran capaces de humillar las larguezas del Rey más poderoso. Al soberano de aquella nación le inquietaba y le hacía sombra la magnificencia de aquel súbdito, muchísimo más rico que él, y le irritaba la idea de que en su propia capital hubiera un simple particular que con su esplendidez le humillaba á veces. Llegó á temer que pensara en destronarle valiéndose de los grandes recursos de sus riquezas, y resolvió castigar su soberbia, ó más bien su fortuna. Con grandísimas precauciones hizo que una noche cercáran el palacio de Octavio sus tropas más aguerridas, y cuando lo tuvo bien cercado mandó uno de sus ministros para que le prendiera y le condujese á un formidable castillo, donde fué encerrado y cargado de cadenas.

No se le había dado tiempo para nada; ninguna cosa se le dejó sacar

de su palacio; no fué para él poca fortuna que la maravillosa bolsa, cuyo secreto nadie conocia, siempre la llevaba entre su ropa interior y le acompañó á su prision. Inmediatamente todas sus riquezas, sus muebles, sus joyas, sus pinturas, sus carrozas, sus caballos, todas cuantas preciosidades guardaba en su palacio fueron confiscadas en provecho del Tesoro real; pero lo que no dejó muy satisfecho al Soberano fué el no encontrar en el palacio de Octavio los grandes montones de oro y plata que sin duda esperaba apropiarse. Todo se registró, todo se escudriñó, se cavó el suelo en varios sitios, pero el opulento tesoro no parecia.

Compareció el prisionero ante los jueces nombrados para juzgarle, y se le interrogó sobre el sitio en que guardaba sus riquezas: él contestó sencillamente que no poseia más que lo que encerraba su palacio y que nada absolutamente tenía escondido ni enterrado. Esta negativa irritó al Rey, que no podia creer que aquel hombre tan opulento no poseyese grandes tesoros, y su negativa á descubrirlos se consideró como una gran rebeldía. Se principió el proceso, en el cual se le acusaba de traidor y de conspirar contra el trono. En los primeros interrogatorios se le preguntó cuál era su patria, su familia y el origen de las grandes riquezas que prodigaba; á Octavio no le tenía cuenta el responder claramente á todo esto, porque si el origen verdadero de su opulencia se hubiera sabido le hubieran arrebatado su maravi-

llosa bolsa sin escrúpulo alguno. En sus contestaciones dió evasivas especiosas, los jueces cada vez le estrechaban más con sus preguntas y él cada vez se embrollaba más con sus respuestas, de manera que cada vez se hizo más sospechoso, y sus mentiras y sus reticencias concluyeron por hacerle aparentemente culpable.

Como á todo esto se negaba á declarar donde tenía los grandes tesoros que se le atribuian, limitándose á decir que no tenía nada, el Rey se irritaba más, y por último su codicia le obligó á tener una entrevista con el prisionero.

Hízole grandísimos cargos, de los cuales él se defendia alegando, como era verdad, que jamas habia pensado en conspirar ni se le habia pasado por la imaginacion el destronar al Rey, y es lo cierto que si lo hubiera intentado, sin duda lo habria conseguido. Pero por mucho que juró y perjuró, el Rey no creyó sus palabras, le anunció que el tribunal iba á condenarle á muerte, y que el único medio que tenía para salvarse y encontrar clemencia era el declarar donde ocultaba sus riquezas, en cuyo caso se le perdonaria la vida. Protestó de nuevo Octavio que nada tenía, y el Rey se marchó enfurecido resuelto á decretar su muerte.

El jóven llegó á temer seriamente por su vida y no le faltaba razon para ello: trágico hubiera sido su fin si su fortuna no le hubiera deparado una tabla de salvacion. Es el caso que el alcaide de la fortaleza en que se hallaba encerrado tenía una hija her-

mosa y jóven, á quien interesaron la desgracia y la belleza de Octavio, hasta el punto de que se enamoró de él en los dias que llevaba en la prision. Aunque vigilado cuidadosamente Octavio disfrutaba de cierta consideracion en el castillo, gracias á las continuas dádivas que hacía á los carceleros, y gracias á la esplendidez con que pagaba, el alcaide le permitia pasear dentro de la fortaleza, le hacía comer á su mesa en atencion á que sufragaba los gastos para la comida de toda la familia con grande esplendidez, y con este motivo la hija del alcaide tuvo ocasion de tratar al prisionero y sentir hácia él una tierna pasion amorosa.

Aquella jóven llegó á saber que nuestro héroe estaba sentenciado á muerte y que pasados pocos dias la sentencia tendria ejecucion y pensó en salvarle. Con astucia y sigilo penetró una noche en la prision de Octavio, le declaró el peligro en que su vida estaba y se ofreció á preparar su fuga y á escaparse con él si le ofrecia hacerla su esposa. Esta prueba de amor conmovió al jóven, y luégo, como la linda Hortensia, que asíse llamaba la doncella, era en extremo agraciada, juró el prisionero consagrarle su amor y su existencia si le salvaba del inminente peligro en que se hallaba.

Gozosa la niña le prometió conseguir su libertad, aun á costa de su propia vida: Octavio le dijo que si para favorecer su plan necesitaba dinero que pidiera cuanto juzgara necesario y lo tendria.

— En efecto, dijo Hortensia, para sobornar á los carceleros y á los guardias, para proporcionarnos disfraces, y, por último, buenos caballos para burlar la persecucion, sería muy conveniente disponer de una buena cantidad de dinero, aparte de los recursos de mi astucia.

Octavio le rogó que volviera á la madrugada y le entregaria una fuerte suma en buena moneda de oro; prometió la niña volver, y recibió de su amante, á la hora que volvió, dinero suficiente para trabajar con mejores esperanzas en los preparativos de la fuga.

Con el dinero de Octavio y con el travieso ingenio de la enamorada doncella todas las dificultades se allanaron en un solo dia, y á la verdad que urgia emplear gran diligencia, pues al prisionero se le notificó su sentencia de muerte aquel dia, y al siguiente debia ejecutarse, si ántes no entregaba al Rey el secreto de sus tesoros.

PEDRO DOMINGO MONTES.

(Se continuará.)



EL NIÑO POBRE.



El desgraciado ha perdido todo cuanto poseía en el mundo al quedarse sin padres. Pidiendo limosna camina en dirección á la ciudad, donde le han dicho que, si tiene voluntad y amor al trabajo, hallará medios de subsistir.

En efecto, quien tiene esas cualidades encuentra siempre apoyo y protección.

Dijéronle que se fuera á un hospicio, y el pobre niño rechaza semejante proposición. El sabe que puede trabajar, tiene voluntad de trabajar, y cuando puede hallarse el pan del trabajo, no es lícito ir á pedir el pan de la caridad, quitándoselo acaso á otro, más desgraciado, que no puede trabajar.

No faltan en el mundo ejemplos de hombres que, habiéndose visto en la infancia como el niño infortunado de quien os hablo, queridos lectorcitos, llegaron, por su amor al trabajo, por su estudio, por su perseverancia y por sus virtudes, á ocupar elevadas posiciones con gloria propia y de su patria.

Todo lo pueden la fe en Dios, la constancia y la laboriosidad.

No despreciéis jamás al niño pobre, aunque seáis muy favorecidos por la fortuna, porque acaso aquel á quien miráis con desden llegue á merecer el aplauso y el respeto del mundo entero.